

RELATO CORTO

TÍTULO

“El humo que no se ve”

TEXTO RELATO

Ane llegó al centro de salud antes de lo previsto. El pasillo estaba en calma, pero en su mente resonaban los altos números de mujeres embarazadas expuestas al humo en el coche y en el hogar. Cifras frías que ocultaban daños reales.

Entró en el salón de reuniones. Las sillas estaban dispuestas en un círculo perfecto, aguardando a las madres embarazadas. Pero antes de su llegada, necesitaba convencer a su equipo.

— ¿Es realmente necesario? — interrogó Maite, la matrona más experimentada, con los brazos cruzados

— Ellas ya tienen suficiente con dejar de fumar-

Ane respiró profundamente. Había preparado sus argumentos, pero sabía que las cifras no eran suficientes. El enemigo no se veía, y eso complicaba las cosas.

— No solo es necesario, es urgente — contestó —. El humo no se va cuando se apaga el cigarro. Se queda en los muebles, en la ropa, en las paredes. Cada bebé merece vivir en un entorno libre de humo-

Un murmullo recorrió la mesa. Algunos asentían, otros miraban el reloj. Ane sintió la presión: ¿cómo liderar cuando la rutina se convierte en una barrera?

Decidió ajustar su enfoque. No solo hablaría de datos, sino de oportunidad.

— Hoy tenemos la oportunidad de transformar vidas — afirmó, bajando la voz

— De que cada madre se vaya de aquí segura de que puede proteger a lo que más ama. Eso no tiene precio-.

El silencio se hizo denso. Maite bajó la vista. Ane aprovechó ese momento.

— Nuestro trabajo no se limita a curar. También es prevenir. Si no lo hacemos nosotras, ¿quién lo hará?-

La primera sesión se llevó a cabo una semana después. Ane colocó carteles con imágenes impactantes: paredes manchadas, partículas invisibles flotando en el aire... Al entrar las madres, algunas sonrieron tímidamente, mientras que otras parecían cansadas con miedo y esperanza brillando en sus ojos.

— Hoy abordaremos un tema que no se visualiza — inició Ane, con voz firme y amable —. El humo invisible que puede perjudicar a su bebé.

Mostró estadísticas, explicó ideas, pero lo más relevante fue su manera de hablar: humana y cercana. Les pidió que imaginaran el futuro: un coche sin humo, un hogar seguro, un bebé respirando aire puro, un mundo sin colillas

— Podéis cambiar esto — les comunicó —. Podéis proteger a lo que más queréis.

Al final, una embarazada levantó la mano.

— Nunca me lo habían explicado — murmuró —. Creía que solo no fumar delante del niño era suficiente.

Ane sonrió. Ese era el momento que había esperado: la chispa que enciende la conciencia.

Sin embargo, el verdadero desafío no solo estaba en las madres. Ane necesitaba convencer a la dirección para ampliar el programa. Preparó su presentación con esmero: gráficos, testimonios, evidencias.

Al ingresar a la sala de juntas, sintió el peso de las miradas.

— ¿Por qué dedicar tiempo a esto? — preguntó el gerente —. Tenemos otras prioridades.

Ane sostuvo su mirada y habló de los problemas de salud que tienen un costo mayor que cualquier actividad preventiva. De nuestra misión que no es únicamente sanar, sino también proteger. Y de la salud que comienza en el hogar, no en el centro médico.

Reinó el silencio.

Las semanas transcurrieron rápidamente. Ane visitó diferentes lugares, dialogó con equipos, oyó inquietudes y resistencias. Hubo instantes de desánimo: profesionales que afirmaban “no tenemos tiempo”, madres que admitían “mi pareja no desea dejar de fumar”. Pero también hubo logros: familias que limpiaron sus vehículos, abuelas que abandonaron el cigarro por primera vez en cuatro décadas.

Y entonces aparecieron las cifras. Las encuestas hablaban por sí solas: la mayoría de las participantes reconocía el peligro y había tomado medidas en casa y en el coche. Ane imprimió los datos y los llevó al equipo de matronas.

Cuando Maite los observó, sus ojos brillaron.

— ¡Esto es asombroso! — exclamó, con una sonrisa que eliminaba años de escepticismo

—. Nunca pensé que algo tan simple pudiera generar tanto cambio.

Las demás matronas intercambiaron miradas, y por primera vez, la sala se llenó de satisfacción. No era solamente un programa.

Ane sintió un nudo en la garganta y en ese momento entendió que la profesionalización no se trata de un certificado, sino de la capacidad de cambiar la realidad con pequeñas acciones.